EN TORNO A LOS LIBROS DE ENSAYOS

por LUIS ARAUJO COSTA

RICHARD Steel y Joseph Addison han nacido en el mismo año de 1672 y mueren, con un bienio de diferencia, más joven Addison que Steel. En la historia de la literatura inglesa tienen extraordinaria importancia las publicaciones periódicas que uno y otro han fundado. La de Steel se llama el *Tatler*. Vive solamente de 1709 a 1711. La de Addison, el *Spectator*, de 1711 a 1712. Su influencia dura todavía. El ensayo se ha definido, ha tomado en el pensamiento carta de naturaleza. Se le considera ya, desde entonces, un nuevo género literario, con el precedente de los *Ensayos* de Montaigne, de los tratados de Erasmo, tal vez de cuanto se origina y toma cuerpo en los *Diálogos* de Platón, sin olvidar los *Caracteres* de Teofrastro, discípulo de Aristóteles, que tradujo a su idioma y amplió La Bruyère en el gran siglo de Francia. Sin Steel y Addison, no existirían a buen seguro ni la *Adrastrea*, de Herder, ni las *Horas* y la *Nueva Talía*, de Schiller, ni lo más jugoso y quintaesenciado de los pensadores modernos. Eran periódicos destinados a vivir muchos años más que los libros. Era una forma particular de la filosofía, muy aparentada a la simple literatura. Aquellas hojas y folletos hoy los miramos con la emoción y la entrega total del alma, que nos rinde ante un

Stradivarius o un *Amatti*, joyas de los dos violeros más insignes de Cremona.

España, que no en vano erasmizó de lo lindo en los comienzos del XVI, y que cuenta con uno de sus ingenios más preclaros, a Gracián, es un país rico en ensayistas. Los hay en todas las épocas, sobre todo a partir de la generación del 98. Al recuerdo llegan los nombres más insignes: Ganivet, Unamuno, *Azorín*, Maeztu, Ortega... La filosofía y la crítica contribuyen al ensayo. La historia de la cultura ha conquistado un nuevo continente.

El ensayo es un género muy apropiado a los espíritus sutiles, penetrantes, observadores minuciosos de la vida y de los objetos. En ellos, la fineza preside a la geometría. Las cosas toman a su conjuro alma y color. Nada escapa para ellos, en su movimiento existencial, a las categorías de *quando* y de *ubi*. El continuo se desmorona en lo crepuscular y lo ondulatorio. Cada milésima de segundo cobra corporeidad, y en el todo se han rendido matices, sombras, luminosidades, direcciones imperceptibles en lo profundo de lo inconsciente y de lo que comienza a liminarse en una aurora tenue de memoria y emoción. El ensayismo corresponde, en ciertas facetas de su fisonomía, al impresionismo de Eduardo Manet, Claudio Monet y Berta Morissot. Para el segundo de los mencionados la catedral de Ruán no es la misma a las doce del día que a las seis de la tarde, cuando se pone el sol hacia los equinoccios de marzo y septiembre. Hay tantas catedrales como entonaciones luminosas. ¿No es esto una forma de ensayo? El género da también valor de primordialidad a lo que una razón fría juzga a veces secundario. Recordemos una obra de Schopenhauer, *Parerga y Paralipomena*, publicada en Berlín en 1851. Reciben el nombre de Parerga los trabajos menores de Hércules. Paralipomena —nos lo dicen los dos libros inspirados del Antiguo Testamento— significa cosas omitidas. La palabra se hizo familiar de los españoles con la *Pepita Jiménez*, de don Juan Valera. El filósofo del *Mundo, como representación y voluntad*, y de *La cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, es en esta obra —la más leída de todas las suyas— un ensayista, y su amor al ensayo y sus apti-

tudes para tan sutil manifestación literaria las ha tomado de nuestro Baltasar Gracián, a quien exaltó con entusiasmo y le dió a conocer al mundo todo.

Era natural que la práctica del ensayismo tentara a un entendimiento tan cultivado como el de Joaquín de Entrambasaguas, catedrático de Historia de la Lengua Española en la Facultad de Letras de la Universidad Central. Su carrera y sus aficiones habíanle llevado hasta ahora a trabajos de sólida erudición literaria. El ha investigado, con mucho fruto, en la vida de Lope de Vega, y casi un niño sacó de molde un grueso volumen sobre las enemistades del Fénix de los Ingenios, Monstruo de la Naturaleza, con el doctor Cristóbal Suárez de Figueroa y el lector de Gramática Latina en Alcalá, Pedro Torres Rámila, con todos los incidentes de la *Spongia* y el *Expustulatio spongiae*, las dos sátiras que él encontró y dió a conocer al mundo erudito y las alusiones al asunto que hay en los *Misterios del Japón*, de 1618; *La Filomena*, de 1621; los *Soliloquios*, de 1626; *El laurel de Apolo*, de 1630, y *La Dorotea*, de 1632. El ha dado mucha luz en multitud de opúsculos a la biografía y al pensamiento de Lope, de quien conoce al pormenor todas las obras, porque todas las ha leído y, además, ha desentrañado los avatares de sus manuscritos. El ha puesto en circulación a una familia de ingenios, los Ramírez de Prado, y ha traducido a la moderna en la interpretación y el comentario gran número de producciones literarias de nuestro Siglo de Oro. El se ocupa en redactar, con documentos sacados de los archivos y el aparato de crítica que pide la exégesis actual, una biografía de Moratín, se entiende Moratín el hijo, don Leandro, porque el padre cuenta poco para Entrambasaguas, si se le quita el haber engendrado al autor de *El sí de las niñas* y *La Comedia Nueva*. El conoce en la actualidad como pocos la literatura romántica española, los versos de nuestros poetas inmortales, las intenciones y las anécdotas que aquí y allá se ofrecen. El es, además de erudito, un perfecto hombre de mundo, amenísimo conversador, y anfitrión, y comensal incomparable, muy en la vena de Brillat-Savarin, magistrado, como Entrambasaguas es catedrático de Literatura; pero

uno y otro, maestros en el arte de Carème y Vatel. El junta a sus cualidades la de bibliófilo, a quien nada hubieran tenido que envidiar Gallardo, Sancho Rayón, el Marqués de la Fuensanta del Valle, Zabálburu y Sánchez de Toca, Marqués de Somió. El alterna la vida de estudio con procederes a lo Brummell en el adorno de su persona y en la vida refinada.

Era natural que, dadas sus condiciones, le tentara el ensayo, y he aquí los dos elegantes volúmenes que ha editado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas el Instituto «Antonio de Nebrija». El primer volumen lleva por título general *La mirada alrededor* (*Ensayos sobre las cosas*), y el segundo, *El latido de los seres* (*Ensayos sobre las gentes*). Hablé antes de Steel y Addison. He de añadir que en sus ensayos del *Tatler* y el *Spectator* se refieren a la moral, esto es, a las costumbres, palabras que en el fondo son una misma cosa. Sólo el matiz y los oficios semánticos las diferencian. Entrambasaguas no aparece en estas páginas como costumbrista, al modo de un Quevedo, un Zabaleta o un Larra: es, ante todo, psicólogo. El camino de sus breves análisis acaso nos conduzca, por asociación de ideas, a la familiaridad de Taine, el filósofo del arte y también, y muy particularmente, de Fromentin, el autor de *Los maestros de antaño*. La pintura de los Países Bajos ha de estudiarse en Fromentin y en su enemigo León Daudet. No estará de más, en lo sucesivo, leer con cuidado estos primeros capítulos de Entrambasaguas. Sepamos ver los paisajes en los espejos convexos de los pintores de allí. El espejo desempeña un papel primordial bajo el cielo nuboso de Brujas, de Bruselas, de Amberes, de Gante... Las frecuentes lluvias y el frío intenso de los inviernos rigurosos con el *verglas* en las aceras y en la calzada impiden la mayor parte de los días el paseo de las familias burguesas, los descendientes de aquellos pañeros retratados por Rembrandt. Han de permanecer en casa, junto a la doble cristalera de los ventanales, contemplando, para distraerse, lo que ocurre en el exterior. Y para mejor observar, se ha colocado en forma adecuada un espejo, que llaman *espía* y que refleja todo lo que importa mirar. ¿No tendrá mucho de semejante el *espía* con el

espejo convexo de los cuadros de interior a que tan sabrosos comentarios consagra nuestro ensayista? La ingenuidad primitiva es artificio; la perspectiva, sabia disposición de masas y formas; acaso la mejor expresión plástica de tales ideas se encuentre en los tapices de Arras, que se llamaban antiguamente entre nosotros paños de Ras. Las composiciones con destino a los tapices flamencos fingen ignorar la perspectiva. Bien observados, con el punto de mira en la parte superior del cuadro, denotan mayor conocimiento de la tercera dimensión que los *Gobelinos* de Luis XIV y los *Goyas* del Pardo y del Regio Patrimonio de España. Y es que el genio de Fuendetodos pinta al aire libre. En nuestras latitudes geográficas no son menester las dobles vidrieras, ni yo creo que hay palabra en castellano para decir *verglas*. El hielicidio que dan los viejos diccionarios de francés ni me convence ni convence a nadie. Las nubes bajas y el *verglas* en el suelo determinan una manera de concebir y realizar muy diferente a la que preside una atmósfera limpia y un cielo azul. ¿No confirma la observación la mano izquierda del *Erasmo*, de Holbein, analizada con tan fino ingenio por Entrambasaguas?

El sutil ensayista ha de recrearnos todavía contando lo que, a su modo, significa la arquitectura del paisaje y el arte de Gaudi. En efecto: el templo barcelonés de la Sagrada Familia, más que un edificio, es un paisaje. Hay una concomitancia evidente entre el árbol y la columna, entre la bóveda y las ramas que forman una techumbre. Los franceses tienen para esto una palabra única, de difícil y mala traducción a nuestro idioma: *faite*. Entrambasaguas discurre después sobre el alma de las ruinas. Viejas murallas derrumbadas, viejas piedras orladas de verdura y en un marco y un fondo de paisaje. ¿No deriva de aquí todo el arte de los jardines a la inglesa antes de que los uniera a los jardines chinos el conde de Caraman?

Entrambasaguas se interesa por lo que el personaje de Dickens llamaba «cosología». El alma de las cosas, ¿a qué espíritu sensible no ha de interesar? Los versos tan conocidos de Lamartine y las novelas de Eduardo Estaunié nos colman aquí las medidas. El sa-

bio catedrático de la Central inicia un sistema de las cosas muy en la corriente de la lógica clásica que investiga para la función del conocer las relaciones entre el sujeto y el objeto. ¿Ponemos tanto en la labor cognoscitiva? ¿Queda tan pequeño el mundo exterior en su realidad meta? Kant nos da el tono, y antes que él, ya en términos bastantes exagerados, Berkeley, que formula una teoría filosófica de las que quedan en un libro sobre las propiedades del agua de alquitrán. Con los años hubo que desgajar lo accidental contenido en lo esencial. Algo de ello ha ocurrido ya en los oscuros horizontes literarios con la *Manon Lescaut* del abate Prévost y la *Carmen* de Mérimée. Pero el autor no se limita al campo de la lógica. Más aún: quiere evitarlo, y lo evita para refugiarse en el sentimiento, la sensibilidad, la emoción, la memoria, la añoranza. Y en estos órdenes sí que ponemos mucho en las cosas. Existe incluso un alenguaje personal dentro de nosotros mismos que jamás a nadie comunicamos. Un niño contempla a una hermanita suya mayor que estudia el piano. La ve mover los dedos oprimiendo las teclas. Las manos vuelan como palomas de un extremo a otro de los marfiles. El niño asocia la idea de estudiar al juego de las falanges en el teclado, y la asociación no se borra nunca. Estudiar es teclear aunque se estudien Matemáticas, Historia, Derecho o Medicina. ¡Vaya si ponemos partículas del propio ser en cuanto miramos alrededor!

El tomo segundo de Entrambasaguas comienza entre un doble signo, al que dan nombre Renán y Debussy. ¡La catedral sumergida! Quisiéramos hundirnos en las aguas para asistir a la misa a que las campanas convocan. La iglesia de Is fué incorporada al mar hace mil años en la costa bretona. Al autor de la *Vida de Jesús*, cuando estudiaba en el Seminario Menor de Tréguier, le ha parecido escuchar el repique llamando a la oración a fieles que no existen. Las notas de Debussy preceden a las frases de nuestro ensayista, a la canción del agua. Blasco Ibáñez acierta también en estas sensaciones de chapoteo al describir en *La vuelta al mundo de un novelista* en Taj Maal indostánico.

En la prosa de Entrambasaguas cada línea es una sugestión, y

todas las sugestiones se agrupan compactas hasta formar un continuo denso. Más adelante es un vals vienés. El autor incurre en la «inevitable cursilería» de derramar una lágrima sentimental. Ya es la vieja del perro en el café de barrio, donde se advierte toda la ternura de Dickens en los trazos vigorosos de un Daumier. Ya es el cojo que se suicida en el hotel provinciano. Ya el joven filósofo quiere sonreír a la vida porque antes le sujetaron a su ciencia aquellos argumentos tan generales y tan de todos que supo expresar el sacerdote y poeta canario Bartolomé Cairasco de Figueroa:

La razón y el amor, bandos contrarios,
tienen, con otras, esta diferencia:
que amor suele parar en inconstancia,
y la razón arguye permanencia.

Los *Ensayos* de Joaquín de Entrambasaguas son manantial de fructíferas meditaciones. La exquisita sensibilidad del autor; su maestría para enfocar y resolver los problemas del ente, la vida, el mundo y las circunstancias de recuerdo personal o colectivo que acompañan a cada sensación; su cultura profunda y extensa; su habilidad para concretar en pocas líneas innumerables riquezas del alma; su retina, que distingue a la perfección las diferencias, a veces imperceptibles, de los tonos; su experiencia en varias literaturas a través de los siglos atrás, son cualidades que hacen de Entrambasaguas un ensayista de empuje y un filósofo y crítico de los seres y de las cosas en la línea y tradición de los más importantes.